

#### Cómo citar este artículo:

Sáez Rodríguez, Ángel J. “La más fantástica quimera que los tiempos han visto para recuperar Gibraltar. Una idea de 1780 para cerrar la Bahía de Algeciras”. *ALMORAIMA. Revista de Estudios Campogibaltareños*, 45, octubre 2016. Algeciras. Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 229-250.

**Recibido:** septiembre de 2014

**Aceptado:** octubre de 2014

# LA MÁS FANTÁSTICA QUIMERA QUE LOS TIEMPOS HAN VISTO PARA RECUPERAR GIBRALTAR. UNA IDEA DE 1780 PARA CERRAR LA BAHÍA DE ALGECIRAS

*Ángel J. Sáez Rodríguez* / Instituto de Estudios Campogibaltareños

## RESUMEN

Este trabajo recoge un proyecto novedoso, fechado en 1780, sobre la forma de acabar el asedio de Gibraltar iniciado en 1779. A pesar de la proliferación de proyectos redactados con similar finalidad en esas fechas, el que ahora se propone resulta especialmente atractivo por lo fantástico de su diseño, a pesar de que el carácter quimérico era un factor común entre muchos de los despachados en aquel tiempo, aunque ninguno alcanza la osadía de plantear el cegado de la boca de la bahía. La idea no sólo resulta atractiva por el fondo de la misma, sino también por la forma en que se presenta, dado que sigue el estilo de las cartas de viajeros tan en boga en ese momento.

**Palabras claves:** Gibraltar, Gran Asedio de Gibraltar, Bahía de Algeciras, Bahía de Gibraltar.

## ABSTRACT

This is a study about a 1780 idea which tried to finish the Gibraltar's Great Siege. There were several projects just in this way, nevertheless the one we're showing here is very peculiar due to its amazing design. Juan de Aguas proposed a foolish idea, consisting on filling the bay entrance with rocks and earth. It was exposed in a attractive traveller letters style, which was fashionable in the eighteenth century.

**Key words:** Gibraltar, Gibraltar's Great Siege, Algeciras Bay, Gibraltar Bay.

## INTRODUCCIÓN

A pesar de lo agreste de su geografía y lo poco abrigado de sus fondeaderos, el peñón de Gibraltar alcanzó en la Edad Media un valor estratégico inesperado. Dos milenios de civilización habían transitado por el Estrecho, primero, buscando las Casitérides y, más, tarde pugnando por el dominio de al-Andalus, sin que se hubiese establecido en su territorio ningún poder político con intención de permanencia. Otros enclaves cercanos y más atractivos habían concitado el interés de navegantes orientales y de gobernantes peninsulares y norteafricanos, por lo que la roca pelada y blancuzca apenas sí sirvió durante muchos siglos para hacer aguadas y ritos propiciatorios, asuntos ambos muy del interés de los arriesgados viajeros que se atrevían a superar las columnas de Hércules. Las ciudades antiguas de sus inmediaciones habían saturado las posibilidades o necesidades administrativas y comerciales de la zona, desde la Ceuta fenicia a Cerro del Prado, primero, Carteia, después, Septem, Julia Traducta, Mellaria, Baelo Claudia, Barbésula, Borondo... Incluso en la Alta Edad Media y con posterioridad, el poblamiento de la región encontraba acomodo tras las murallas de Sabta, al-Yazira al-Hadra, al-Yazirat Tarif y los enclaves costeros malagueños (Casares, Estepona, Marbella, Sohail, Gaucín, Ronda...) y gaditanos (Vejer, Conil, Alcalá, Jimena...). Sólo el accidente de la conquista de Algeciras por los granadinos y su destrucción por Muhamad V en 1379, en el contexto de las luchas civiles castellanas que siguieron a la muerte del Justiciero Alfonso XI, apestado a las puertas de Gibraltar, propició un cambio radical en la historia de tan agreste solar.

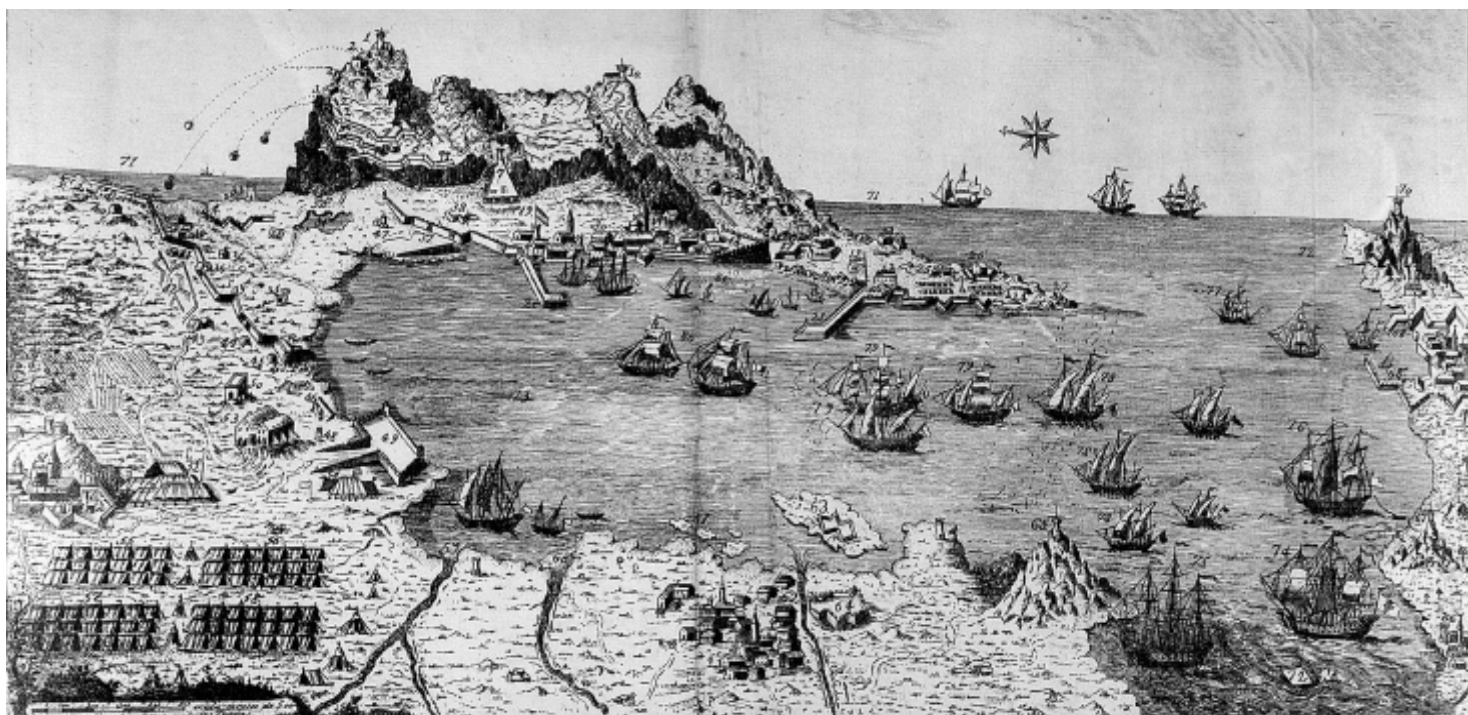
Los almohades habían erigido allí su Ciudad de la Victoria -Madina al-Fath- en el siglo XII, según el hispano Ibn Sāhib al Sala (Torremocha, 2009: 288, nota 446), y fueron relevados por meriníes y nazaríes hasta que, en 1462, dio comienzo la última etapa medieval de su historia. El último puerto islámico de la orilla norte del Estrecho sería conquistado ese año por el alcaide de Tarifa, Alonso de Arcos, quedando bajo soberanía de Enrique IV de Castilla. Sin contrincante en la bahía de Algeciras, la población fortificada del Peñón sólo tuvo que pugnar con Tarifa para recibir la herencia de la capitalidad administrativa que había ostentado Algeciras como secuela del conflicto de César y Pompeyo en el s. I d.C. (Bravo, 2010: 264). Fue entonces cuando recibió como términos los algecireños, aunque el paso de este enclave a manos cristianas no habría de suponer el final de los asedios que la bibliografía en lengua inglesa acostumbra a numerar hasta el decimocuarto, el Gran Asedio de 1779-1783 (Sayer, 1862: VIII). En efecto, que ondeasen sobre la Calahorra las armas de Castilla no fue óbice para que el duque de Medina Sidonia reclamara sus derechos sobre la plaza, llegando incluso a ponerle sitio en 1466 y a conquistarla en julio del año siguiente (Hernández del Portillo, 1994: 87). Juan Alonso Pérez de Guzmán y Suárez de Figueroa, duque primero de Medina Sidonia, quería hacer valer la conquista de Gibraltar al Islam en 1310 por el que fuera fundador de su casa, Alonso Pérez de Guzmán, en tiempos de Fernando IV el Emplazado. Y no estaba falto de argumentos don Juan Alonso, dado que su propio padre, el segundo conde de Niebla, había perdido la vida en sus aguas cuando intentaba tomarla en 1436. No obstante, la Corona no rehusó a una posesión tan interesante desde la perspectiva estratégica, punta de lanza de la expansión norteafricana que Fernando de Aragón acariciaba como continuación lógica y natural de la reconquista. La resolución y tenacidad de la reina Isabel sirvió para doblegar al tercer duque de Medina Sidonia, Juan Alonso Pérez de

Guzmán y de Ribera, a la sazón también segundo marqués de Gibraltar, quien finalmente devolvió la plaza a la Corona de Castilla en enero de 1502. Enseguida, en el mes de julio siguiente, la Cédula de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, en la que señalan el escudo de armas de la ciudad de Gibraltar lo describe con “dos tercios a la parte alta de él tengan el campo blanco, en el dicho campo asentado un castillo, è dorado abajo del dicho castillo”, mientras que “en el otro tercio de escudo, que ha de ser de campo colorado en que ha de haber una raya blanca entre el castillo è el dicho campo colorado, esté una llave dorada que cuelgue con una cadena del dicho castillo” (López, 1502: Apéndice Documental, Doc. X).

La tradición del recurso al asedio terrestre, combinado con operaciones navales para lograr el dominio del Peñón, no había quedado atrás. A la muerte de la reina, Juan Alonso Pérez de Guzmán y de Ribera volvió sobre sus fueros y puso de nuevo cerco a Gibraltar, de forma consecutiva, en 1506 y 1507. La ciudad resistió y, en consecuencia, ganó el título de “Más Leal”. Sin embargo, el siglo siguiente vio cómo las apetencias por la posesión de este pequeño enclave fortificado de montaña y mar simultáneamente, y ubicado en un cruce de rutas muy interesante desde el punto de vista estratégico, militar y comercial, afectaron a potencias rivales de España por la hegemonía mundial. En el siglo XVI, la amenaza sólo había procedido del enemigo tradicional e islámico. La piratería y el corso berberisco se dedicaba sólo a depredar y las flotas otomanas nunca se plantearon el sur peninsular como objetivo expansivo, como sí había ocurrido con Rodas en 1522, Malta en 1565 y Chipre en 1571. Por eso, el saco de Gibraltar de 1540 fue un ejemplo aislado de asalto nocturno exitoso, sin mediar asedio ni asalto a sus murallas, ya que los turcos se limitaron a desembarcar en una de sus caletas occidentales y a penetrar en la ciudad como si de navegantes amigos se tratase.

Pero, ya en el XVII, ingleses y holandeses trajeron la guerra que asolaba Europa a las costas del Estrecho. Al concluir la Tregua de Amberes o de los Doce Años, en 1621, correspondió al almirante Fadrique de Toledo hacer frente con escasas fuerzas a la de treinta navíos de Holanda y Dinamarca, derrotándolos. En 1625, el primer vizconde de Wimbledon, sir Eduardo Cecil, se presentó en la bahía de Cádiz con una poderosa escuadra anglo-holandesa de más de cien barcos para tomar la ciudad, siendo batido en toda regla por las reducidas fuerzas del gobernador de la plaza, Fernando Girón, anciano, gotoso y veterano militar. Si el objetivo de esa expedición no era Gibraltar, en el mismo año se acariciaba en Londres un plan para ocupar esta ciudad que no llegó a ponerse en práctica. En 1656, treinta años después, el dictador Cromwel acariciaba la misma idea. Su intención era tomar la plaza, basar una escuadra en su puerto y, con ella, hostigar el tráfico marítimo español en una zona tan sensible como el estrecho de Gibraltar. Una flota al mando del almirante Blake fondeó en Tánger y vigiló el Peñón, pero se consideraron insuficientes las tropas de que disponía para tratar de tomarlo (Hills, 1975: 163-167). En 1661, un espía en Tánger al servicio del corregidor de Gibraltar dio cuenta de nuevos planes ingleses en la misma línea, continuados en 1677 por los que se gestionaban en el consulado inglés de Argel. Éstos eran tan atrevidos como interesantes. La iniciativa de Sir John Lozen, general de las escuadras británicas del Mediterráneo, consistía en aislar el Peñón “cortando aquel pedazo de arena que hay desde el puerto a la otra mar del estrecho, que es trecho muy corto”, tomando la plaza que él mismo calificaba de “la llave de España [...] que por esa parte se había perdido dos veces España” (Bustos, 1983: 127).

Un nuevo episodio bélico tuvo lugar antes de finalizar el siglo, cuando en junio de 1693 la escuadra francesa del almirante Coetlogou bombardeó Gibraltar. La población corrió a refugiarse en Punta Europa, cerca de la ermita de su patrona. “A ese santuario se habían acogido los miembros del estado eclesiástico de la plaza y todos aquéllos que no habían de participar en su defensa militar, como se había hecho siempre” (Sáez, 2014). El ataque francés se debió a la llegada al puerto de los barcos de la escuadra anglo-holandesa del almirante Rooke, perseguida por navíos galos desde San Vicente. En esta situación suele hacerse incidencia que este oficial inglés, refugiado en Gibraltar de la persecución francesa, es el mismo que habría de tomar la plaza en 1704 para Carlos III de España (López, 1782: 277-278 y Gómez de Avellaneda, 2007: 373-395).



**Ilustración nº 1.** Grabado del Gran Asedio a Gibraltar (1779-1783). Museo Naval (Madrid).

A pesar de todos los planes expuestos, Gibraltar no sufrió ningún asedio formal entre 1507 y el verano de 1704. En esos doscientos años, su sistema fortificado se transformó de manera radical, adoptando buena parte de las innovaciones tecnológicas alumbradas por la poliorcética hispano-italiana del Renacimiento y del sistema abaluartado. El ataque de Rooke y Hesse de 1704 se inserta en el conflicto sucesorio desatado a la muerte de Carlos II, el último rey de la casa de Austria en España, parte, a su vez, se una guerra mucho más amplia de ámbito europeo. Con este fueron cuatro los asedios que tuvieron la plaza del Peñón por objeto a lo largo del siglo XVIII, junto al hispano-francés de 1704-1705, al español de 1727 y al Gran Asedio de 1779-1783. No obstante, resultaron innumerables los proyectos realizados en esta centuria, especialmente en torno al último de los hechos de armas mencionados, con la intención de lograr su conquista. Para Inglaterra, el control de Gibraltar brindaba a su armada la posibilidad de cerrar con sus buques el paso del Estrecho cada vez que las circunstancias políticas lo requiriesen. El control de este paso marítimo era crucial tanto para interceptar la navegación entre los litorales mediterráneo y atlántico de España, como para tener la llave de los puertos franceses del sur, como es el caso de Toulon. Su ventaja estratégica se multiplicaba por la cercanía de las costas amigas de Portugal y por la vigilancia a que podía someter a las costas de Valencia, Cataluña y la Provenza desde Menorca, también ocupada por Gran Bretaña durante la Guerra de Sucesión de España.

Estos fueron los conceptos bélicos que, de manera prioritaria, se consideraron en los proyectos españoles elaborados en el siglo XVIII para recuperar el peñón de Gibraltar: el control efectivo del espacio costero al este y al oeste del istmo; la fortificación de éste, al objeto de en primer lugar, la concreción material de un elemento de bloqueo que permitiera la absoluta impermeabilización de su acceso terrestre, tanto en época de guerra como de paz, así como el punto de partida de las trincheras y baterías avanzadas para atacar la plaza; el mantenimiento de un bloqueo marítimo y terrestre exhaustivo y, finalmente, la aplicación de diferentes ideas y proyectos, concretados en ingenios muchas veces descabellados, para debilitar al enemigo, abrir vías de penetración en el Peñón u obstaculizar la llegada de refuerzos (Pardo, 2001: 295-316 y Sáez, 2003a:

353 a 371). Sobre dichos aspectos hemos publicado algunas páginas con anterioridad (Sáez, 2000, 2001, 2007a, 2007b), aunque ahora centraré la atención en el último de ellos.

## PROYECTOS ALTERNATIVOS FRENTE AL PEÑÓN

El fracaso del primer asedio español a Gibraltar a comienzos del siglo XVIII constató la inviabilidad de lograr su conquista partiendo sólo de un ataque terrestre. Lo imprescindible del elemento naval a tal fin sería una constante a lo largo de la centuria, pero, más allá de planteamientos genuinamente militares clásicos, comenzaron a idearse proyectos, más o menos inviables pero siempre muy imaginativos, para lograrlo.

La inmensa mayoría, como se expondrá más adelante, nunca pasaron del nivel de planes con distinto grado de elaboración. En el apartado de los proyectos de perforación del monte de Gibraltar destacan dos ideas realmente atractivas.

La primera, tanto por su originalidad como porque llegó a ponerse en práctica, es la de la mina que se empezó a excavar durante el segundo asedio español, en 1727. Partía del llamado Monte del Peregil y tenía como razón el hacer volar las cornisas del tajo norte sobre el que se emplazaban las baterías británicas que dominaban por su altitud a las avanzadas españolas. Ejecutada por orden del conde de las Torres para tratar de introducir algún cambio significativo en los tediosos e infructuosos duelos artilleros, resultó inútil. El brigadier Clayton, jefe de las fuerzas británicas, tuvo muy en consideración la iniciativa –a pesar de las burlas que despertó en ciertos ámbitos (Luna, 1944: 392)–, pues temía que su voladura pudiese afectar a la Batería de Willis y sepultar la del Príncipe (Clayton, 1727:19), llegando a plantearse una salida de la guarnición para acabar con tal amenaza.

Más fantasiosa que la anterior fue la idea de Ángel María Monti en 1781, también basada en la técnica de la minería. A partir de la cara este del Peñón, debía perforarlo hasta alcanzar la casa del gobernador británico, capturarlo y acabar con la resistencia de la guarnición (Monti, 1781). Complejo técnicamente en su ejecución y ciertamente ingenuo en sus esperados resultados, lo cierto es que Elliot nunca estuvo en peligro a causa de esta ocurrencia.

Los proyectos basados en artilugios de un tipo u otro fueron numerosos y algunos se pudieron en práctica, con variados resultados. Los más conocidos son las baterías flotantes de D'Arçon, los barcos incendiarios y las cañoneras de Barceló. Estas últimas se basaban en lanchas de remos con un mástil. Dado que se trataba de embarcaciones pequeñas, muy rápidas y ágiles, que apenas destacaban de la superficie marina, eran muy difíciles de acertar por la artillería británica. Aunque existen proyectos y maquetas de lanchas blindadas, las que entraron en acción de forma numerosa y con notable éxito fueron cañoneras y bombarderas, armadas con uno o dos cañones o con un mortero, respectivamente. Tuvieron la misión de hostigar al enemigo y de interceptar faluchos y saetías procedentes de Berbería o Portugal que pretendían hacer negocio entrando en el Gibraltar sitiado y con serios problemas de suministro. No obstante, poco podían hacer contra las fragatas y buques de línea británicos que escoltaban los convoyes de aprovisionamiento. Diversas noticias confirman su eficacia para mantener alerta a la guarnición inglesa, que difícilmente podían conciliar el sueño con las constantes incursiones de estas embarcaciones. Su relativo éxito se tradujo en que el mando inglés dio orden de copiar la idea de Barceló, creando su propia escuadra de cañoneras.

La idea de incendiar las escuadras fondeadas en los muelles de Gibraltar con barcos convertidos en piras flotantes sólo se aplicó, como ocurrió con las cañoneras, durante el Gran Asedio. De las diversas presentadas, la del teniente de fragata Álvaro Domínguez Vargas era sumamente simple, por lo que fue aceptada por la junta de jefes del asedio y encargada su puesta en marcha a Barceló. El 7 de junio de 1780 se produjo un intento con nueve ingenios de este tipo, que no lograron su objetivo.

Aunque los británicos construyeron algunas “prames”, también definidas como “baterías flotantes”, para defender sus puertos de las lanchas de Barceló, este nombre alude por antonomasia a las de D’Arçon para el ataque de septiembre de 1872. Fueron popularmente conocidas como “empalletados”, en referencia a las extraordinarias defensas que se añadieron a los diez cascos de embarcaciones llegados a la bahía de Algeciras desde principios de mayo de ese año. El nombre se debe a que los navíos se empalletaban antes de entrar en combate. Al objeto de proteger a sus dotaciones de las astillas de madera y las balas que volaban en todas direcciones cuando se desarrollaba un combate naval, se arranchaban los coys que envolvían la ropa de los marineros en las redes de las batayolas, sobre las bordas. Su protección consistió en un sistema de refrigeración de la obra viva que debía evitar su incendio por la artillería enemiga, activado por un juego de bombas hidráulicas. Asimismo, en un cubichete doble sobre cubierta, supuestamente capaz de resistir los proyectiles que pudiera recibir. Toda su artillería se concentró en el costado de babor y se compensó con lastre en el de estribor. Destinadas cuatro contra el Muelle Viejo y seis contra el Muelle Nuevo, con el refuerzo de ochenta lanchas bombarderas y cañoneras, debían abrir brecha por la que lanzar el asalto de la infantería embarcada en otras embarcaciones ligeras, hasta un total de 200 compañías de fusileros y granaderos. El ataque resultó infructuoso (Sáez, 2007a: 93-96).

## EL INGENIO O EL DISPARATE PARA CONQUISTAR GIBRALTAR

El catálogo de las ideas fantásticas y sorprendentes es amplio y variado (Pardo, 2001: 295 y ss. y Sáez, 2003a: 353 a 371). Siendo las más conocidas las del Gran Asedio, a lo largo de todo el siglo se presentaron al rey y a sus ministros las más sugerentes, imaginativas e incluso disparatadas propuestas para tomar el Peñón. Con motivo de este último intento contra la plaza británica, se recuperaron proyectos elaborados entre 1727 y 1779 y que, con idéntico destino, fueron estudiados por la junta de jefes hispano-franceses que lo dirigía (Abarca, 1782: 47 y 48). Algunos de ellos sirvieron de fuente inspiradora para otros aparecidos durante el asedio y que se propusieron a Carlos III, a Álvarez de Sotomayor o al duque Crillon. En total se presentaron sesenta y siete proyectos (Santa María, 1887 citado en Luna, 1944: 427), la mayor parte de cuyos originales hemos podido constatar principalmente en el Archivo General de Simancas, la Biblioteca Nacional de España, la British Library, la Bibliothèque nationale de France, el Instituto de Historia y Cultura Militar, el Centro Geográfico del Ejército, el Museo Naval, el Instituto Cartográfico de Cataluña, el Museo del Istmo de La Línea de la Concepción, el Museo de Gibraltar y algunas colecciones institucionales y privadas.

Al margen de los proyectos de alguna manera ejecutables y ya citados, a propósito de los aplicados de la cueva, las flotantes y los barcos incendiarios, existen otras interesantes ideas. Una muy reiterada es la de los barcos con escalas, escasamente innovadoras en el fondo. Continúan la fórmula tradicional de la escala de murallas enemigas, como se ha llevado a cabo en todos los tiempos. En estos casos, la singularidad radica en posibilitar el asalto en flancos de la muralla diferentes al del norte. Son proyectos que datan principalmente de los alrededores del asedio de 1727. Las mejoras de las defensas costeras realizadas hasta la fecha del Gran Asedio desaconsejaron su propuesta, aunque siguieron formulándose ideas en este sentido. Suelen partir de un barco de transporte de tropas en cuya cubierta se instala un artilugio desplegable que, una vez adyacente a un lienzo de murallas, permitiese la escalada y el simple acceso de la tropa al interior de la plaza. La singularidad rayaba lo ingenuo cuando se propone el ataque por el estrechamente vigilado frente norte, si bien se recomienda se aborde sólo si la noche era lluviosa y oscura. La propuso fray Juan López de Mendoza al conde de Montemar el 16 de diciembre de 1732. Requería de pocas tropas y ningún oficial, sólo subalternos. Nada indica el proyecto del fraile que se suponía que estarían haciendo en ese momento las fuerzas británicas para dejar acercarse y acceder a la muralla los atacantes. Montemar desestimaría la idea ante Patiño dada la imprecisión de la idea. No se citarán los proyectos más conocidos de esta modalidad ofensiva, que tuvo entre sus defensores a personajes de la talla de don Antonio Barceló. El problema principal de estos proyectos radica en la imposibilidad de acercar impunemente las embarcaciones cargadas con los artilugios de escala a las

murallas litorales del Peñón, bien por los arrecifes que la bordean, por la presencia de buques enemigos o, en todo caso, por las numerosas bocas de fuego que defendían todo ese perímetro.

Otras ideas buscaban incendiar las embarcaciones enemigas surtas en el puerto, como fórmula para el debilitamiento de las defensas enemigas. Aparte de los barcos incendiarios, la principal aportación es el medio que para lograrlo propuso el capitán Rivert, por medio de grandes cometas, sujetas a boyas flotantes, que habían de ser dirigidas desde barcas con tornos en los que se enrollaba el cable. Una “camisa de fuego” colgada de los artilugios voladores, debidamente dirigidos, debía incendiar las embarcaciones surtas en el Muelle Nuevo de Gibraltar.

En ocasiones, las propuestas resultaban poco precisas. Un tal Damián Francisco Suárez de Arroyo presentó en 1738 la idea de hacer “un ingenio de madera y hierro para tomar Gibraltar”. El proyecto, hartamente opaco, planteaba un asalto por tierra y mar, con varios miles de hombres. El rey debía facilitarle, además, mil doblones, un título de mariscal de campo con sueldo doble, el gobierno de Gibraltar para él y sus herederos con sus correspondientes fueros y privilegios y el perdón de una cuenta pendiente con la justicia. El autor, muy seguro de sí mismo, planteaba que con la misma operación, y en un solo mes, podría tomarse también Mahón, aunque para este caso no precisó el precio.

En el campo de la artillería se aplicaron novedades como las “balas asaetadas” que ensayaron los españoles en el Palmones. Debían clavarse e incendiar navíos, pero no resultaron eficaces (Abarca, 1782: 79). Tanto españoles como británicos se aplicaron para adaptar las piezas de artillería tradicionales a las enormes inclinaciones a que obligaba la cercanía de las baterías altas del tajo norte del Peñón y las líneas avanzadas españolas del istmo. Los primeros crearon nuevos afustes artilleros que permitieron el tiro hacia abajo desde sus posiciones elevadas, como los llamados Koehler’s Depression Carriage, en honor de su inventor (Palao, 1981: 52 y ss), y Depress Mortar (Palao, 1979: 71 y ss). Sus enemigos llegaron a desmontar los tubos de los cañones de sus afustes para que, apoyadas en las trincheras, pudieran disparar hacia dichas posiciones con tiro tenso, aparte del parabólico que permitían los morteros.

También relacionada con el efecto de los ataques artilleros presentó su plan M. Vahlière quien, en 1762, propuso el bombardeo de la plaza con morteros navales desde la costa oriental del Peñón. Los morteros irían emplazados en “barcos chatos o prames”, teniendo que superar los proyectiles las alturas del Peñón. El objeto era, según el autor, que las bombas “cayendo en la montaña, como está tan empinada, rodando les causará mucho daño en las baterías de la montaña, y tomará los cañones y parapetos por la espalda, y los destruirá”.

En el frente de tierra, la distancia de las respectivas zonas pobladas en relación a las bocas de fuego enemigas hacía difícil acertar. La Línea de Contravalación había sido establecida duplicando la norma de “punto en blanco” de las piezas de a 24, es decir, a unos 1.400 metros de las defensas inglesas, distancia a la cual la precisión de las piezas de la época era incierta. Para contrarrestar el problema, simplemente se hacían muchos disparos para incrementar las posibilidades. Ése era el objetivo de ciertas baterías establecidas específicamente para tirar a “bala perdida”. Se trataba de hacer fuego de cobertura sin un destino muy preciso. Así hicieron los españoles con la “Batería del Rey” o Black Battery, situada a poniente de San Felipe. Su eficacia dependía del tipo de pieza empleada (morteros, cañones u obuses), su calibre (desde pequeños morteros de 6 pulgadas hasta la principal pieza de la época, el cañón de 32 libras), la cantidad y calidad de la pólvora utilizada, el alza seleccionada en la pieza, la elevación de la batería en relación al objetivo y de factores meteorológicos, como el viento. Estas variables jugaban en ambos bandos, estando constatado que una bomba inglesa alcanzó el campamento español de catalanes y artilleros, en la Pedrera, en abril de 1781, lugar situado a 3.500 metros del norte Peñón (Varios, 1781: 32 vto).

## EL PLAN PARA LA CONQUISTA DE GIBRALTAR DE JUAN DE AGUAS

### Presentación

En el Museo Naval de Madrid se encuentra un manuscrito firmado en Aranjuez en 1780 por Juan de Aguas (Aguas, 1780). Fue dirigido a Carlos, Príncipe de Asturias, futuro Carlos IV, que en esa fecha contaba con 32 años.

Se trata de un documento inédito hasta la fecha, formado por 80 páginas encuadernadas en un volumen tamaño folio con tapas de cartón rígido, que se acompaña de tres pliegos tamaño doble folio con ilustraciones de la bahía de Algeciras y del peñón de Gibraltar. Todo el manuscrito corresponde a un mismo amanuense, que emplea una cuidada caligrafía, muy redondeada, de caracteres entrelazados y bien legible, respetuosa con los márgenes y ayudada de falsilla. Con el transcurrir de las hojas, la letra se vuelve algo más cursiva, sin perder nunca su claridad característica. Cuestión aparte es su corrección morfosintáctica y su ortografía, que será posteriormente referida.

El texto es eminentemente prosa, con diversas inserciones en verso, incluyendo una canción en estancias que se transcribe más adelante.

La página de presentación está ocupada por un escudo y la dedicatoria “Al Serenísimo señor Príncipe de Asturias”. Se trata de un escudo ficticio, de perfil complicado y barroquizante, merced a las volutas y las palmas que lo adornan. El blasón está ocupado por una torre almenada con castillete en el terrado sobre el que ondea una bandera con la cruz o aspa de Borgoña, elemento distintivo de la monarquía hispánica. Lleva por timbre una corona de marqués. De un mástil central penden dos cintas con el lema “La antiquissima ciudad de Eraclea, oi Givraltar”.

### Aspectos literarios del manuscrito

El molde literario que utiliza nuestro autor es el género dialogado entre un comerciante irlandés y un español ciego que vende ejemplares de *La Gaceta*. Aunque el texto contiene un cierto carácter discursivo, aprovecha el sentido dramático de la confrontación de sus opiniones sin recurrir al carácter de una representación teatral en sentido estricto. La ausencia de narrador y su sustitución por la intervención de los propios personajes aportan el ambiente adecuado para transmitir un discurso pseudohistórico cargado de tintes nacionalistas frente a la perfidia inglesa. A este respecto es importante resaltar el dato del origen irlandés de uno de los interlocutores, siendo Irlanda un territorio en el siglo XVIII aún no incorporado al Reino de Gran Bretaña aunque dependiente nominalmente de Inglaterra.

El género es el que, tras la muerte de María Ignacia, lleva a José Cadalso a escribir las *Noches lúgubres*. El militar romántico narra, en forma dialogada, su intento frustrado de recuperar de la tumba el cuerpo de su amada.

Todo el texto de Juan de Aguas es una parábola relativa a la confrontación de naciones antiguas por el control de cierto espacio geográfico que, traducida la permanente metáfora, se refiere a españoles, ingleses y el peñón de Gibraltar.

El texto se estructura en “símbolos”, equivalentes a capítulos o partes, si bien con un término cómplice con el carácter de metáfora o parábola que emplea Juan de Aguas.

Ya el folio 1 expresa una adulación exagerada que evidencia la pretensión de ganarse el autor la simpatía del príncipe



Carlos, lo que, de lograrse, habría de significar su éxito económico por las prebendas y recompensas que podía aparejar, especialmente si la aplicación del proyecto trajese como resultado la conquista del territorio pretendido. De ahí su alusión al “dignissimo Padre de V.A.; a V.A. y a toda su Rl Casa, que como mis superiores vice-Dioses de la Tierra venero”. De inmediato, en el folio 3, la lisonja exalta las virtudes de los reyes, que superan a las del “...emperador Trajano, el Magno Pompeyo y el grande Alexandro...”.

A continuación, De Aguas hace revertir en su propio interés la lisonja que dedica al príncipe tras vincular las medidas legislativas aplicadas por el gobierno del conde de Floridablanca, para promocionar las actividades industriales en consonancia con los ideales ilustrados:

“Si viendo, Señor, actuado, quanto acavo de referir, y advirtiendo, quan acertada ha sido la providencia de el Gobierno, sobre la industria popular, en todas sus partes, reflexionando a consecuencia que mi alumbramto anterior y determinación a poner en manos de V.A. (la) citada obra militar, politica y civil en aquellos planos y escritos fue sin duda, movido a impulso de aquel Dios que formando los Monarchas y distinguiéndolos con los dones de piedad y justicia, cuida alumbrarles, para que hagan florecer en sus subditos la virtud y la Religion, valiendose muchas ocasiones para ello de los instrumtos mas deviles, para acreditar la obra, como solo de su poder? (Aguas, 1780: 1v y 2).”

Merece insistir en la idea de que el autor proponga a un irlandés hablando de temática inglesa. No obstante, el ciego le recrimina “la precisa dependencia que teneis del Gobierno Britanico” (fol. 8), a lo que el irlandés responde (fol. 9): “Esa es arrogancia española, y no os parezca es cosa facil, quando, si para los inteligentes es dificultosa, y con poca seguridad del escrito, para vos es imposible, pues como decis no lo entendeis”.

A partir del fol. 9, el texto adopta el carácter de un debate en forma de parábolas acerca de que “no ai en el Mundo poder tan grande que no pueda otro vencerlo y oprimirlo, y con el poder o la industria ser maior”, en alusión al de Inglaterra. Narran el caso de un enfrentamiento entre Caldeos y Egipcios –siempre con mayúsculas–, en tiempos de Constantino Magno, acerca del poder de sus respectivos dioses. Los primeros lo representaban con el fuego y, los segundos, con la estatua del Nilo. Vencedores los egipcios en un primer choque gracias a su ingenio y su industria, buscaron los caldeos el auxilio de los mamelucos, Neptuno, Eolo y Marte para tratar de salir victoriosos en un nuevo intento, esta vez exitoso. Estos episodios habrían tenido lugar en la roca del monte Casio o ciudad de Rinocolure .

Éstos son los elementos básicos del discurso literario de este Plan para la conquista de Gibraltar, en el cual los egipcios personifican a España y los caldeos y mamelucos a Inglaterra, en un extenso coloquio trufado de datos de evidente paralelismo con la historia moderna del peñón de Gibraltar.

En los folios 9, 9v y 10 se encuentra esta canción en estancias de endecasílabos con algunos heptasílabos en rima consonante al gusto del poeta y basada en pareados. Sirve de ejemplo del gusto por el estilo neoclásico de carácter didáctico y con permanente referencias mitológicas.

O, duro Amor quanto eres!

Quantos son infinitos tus poderes!

Quanto Amor imaginas!

Quanto rapaz dominas!

Quanto con ansias ciegas.  
Con todos los vivientes deidad juegas.  
La tierra es firme mas tu golpe aleve,  
con su impulso violento la conmueve.  
El mar es inconstante y variable,  
y tu incendio en sus ondas le hace estable,  
entrose hasta en el Cielo tu desvelo,  
conocio tu dominio el alto Cielo,  
todos te temen, nadie te limita  
quanto sobre el excelso Olimpo abita  
quanto tambien se encierra  
debajo las cavernas de la Tierra.  
Temen tus claros vivos desconciertos.  
Hasta las tristes sombras de los muertos,  
los que bebieron con horror crecido  
en el Lete las aguas del olvido.  
Con memorioso cruel desasosiego  
beben tambien las ondas de tu fuego.  
Y a los esentos ya de los dolores  
tu imperioso dolor les causa horrores.  
Penetra tu furor quando se estiende  
lo que no ha visto el Sol lo que no enciende  
porque en luces desechas.  
Ceden del Sol las luzes a tus flechas.  
De Jove el rayo cede.  
Tanto Deidad cruel tu mano excede.  
Tales son de tus fuerzas los ensayos.  
Tales tus puntas son, tales tus rayor.

Tus flechas furibundas, imbiolables,  
Acerbas, rigorosas, incurables,  
que la prudencia impura inficcionan,  
pestes respiran, muertes ocasionan,  
con sus puntas severas,  
abres ardiente herida, aunen las fieras  
en los duros furores,  
las fierezas mezclando y los Amores.

El elenco de divinidades olímpicas y héroes se completa con referencias a personajes de la Antigüedad que sirven para apostillar el discurso del autor. Así, en el folio 2 encontramos:

“Si advertido de esta verdad y que por efecto de estos dones, que el Señor planteo en Vras. Magestades se verifica con mas recomendacion que el emperador Trajano, el Magno Pompeyo y el grande Alexandro, publica la fama; la franqueza y venignidad con que en nros. días se oien los vasallos, yo no hiciese presente una produccion que creiera poder utilizar la Corona y obsequiar la Religion, bajo la direccion superior, sería un desleal y un siervo perezoso en exercitar el devido servicio a su Señor, que reprende el Evangelio (Aguas, 1780: 2).”

Su argumentario recorre diversos elementos típicos y aspectos comunes del pensamiento español de la época. Invocando la atención de la superioridad y la aprobación de su plan, el autor alude al principio de la “guerra civilizada”, en la que se cause el menor daño posible incluso al enemigo y a la defensa de la religión como principio superior, excusa especialmente afortunada en este escenario de lucha con los anglicanos. Se trata, este último, del mismo argumento ampliamente aplicado a las guerras de religión con las que los Austrias dilapidaron las riquezas obtenidas del Nuevo Mundo, enfrentándose en el XVI y el XVII con ingleses, holandeses y alemanes, sin olvidar el frente mediterráneo disputado a los otomanos:

“Si he acertado, a lograr la aprovacion superior y que pueda reducirse a practica podra esperarse sin effusion de sangre, la reintegracion de la Corona de la Basa no menos principal de la Monarchia: y lo que es mas de la intencion de Vras. Mages., la restauracion y exaltacion de la Religion en essa profanada tierra, posesion sagrada que fue del Catholicismo (Aguas, 1780: 2v).”

### Aspectos históricos del plan

Uno de los intervinientes en el diálogo dramatizado, el español invidente, vende *La Gaceta de Madrid*. Esta publicación periódica era sinónimo de calidad e independencia informativa desde el siglo XVII. Sin embargo, sus contenidos podían ser debidamente tergiversados para ofrecer versiones interesadas o partidistas. Así, la referencia al combate de Juan de Lángara dice: “El Santo Domingo se voló, después de haber destruido dos de los contrarios de tres puentes”. Esta noticia es rigurosamente falsa. La escuadra española de Juan Cayetano de Lángara y Huarte (11 navíos y 2 fragatas) fue destrozada por la del británico George Rodney (21 navíos y 10 fragatas) en la Primera Batalla del Cabo de San Vicente, llamada por los ingleses *The Moonlight Battle*. Tuvo lugar en la noche del 16 al 17 enero de 1780, de donde procede la poética denominación inglesa. En la escuadra británica navegaban tres barcos de tres puentes, pero ninguno de éstos se perdió en dicha batalla. Ni

de ningún otro tipo, ya que solo se hundieron barcos españoles. Los navíos de tres puentes eran el Sandwich, de 90 cañones e insignia de Rodney (dado de baja en 1790, después de diez años de servicio como batería flotante); el Royal George, de 100 (destruido en 1782 por un accidente en Spithead, con 900 bajas) y el Prince George, de 90 (en activo hasta 1839).

El irlandés concluye que los egipcios procuraron tomar la roca en que se encontraba su dios hasta tres veces, siendo siempre vencidos por sus enemigos, en una historia de minucioso paralelo con lo acaecido a lo largo del siglo XVIII en torno a Gibraltar. Su dios es su bandera y el Ur de los Caldeos es Gibraltar. En el fol. 14 existe un detalle que explica significativamente el tenor del símil:

“Entraron los Mamelucos en el conocimto de que no tenían que pensar en mas que en ir aumentando el fuego en los puntos de la roca con las fortifnes correspondtes, pues Neptuno les defendía levantando fuertes borrascas de qualesquiera invasion que intentasen los Egipcios por el Agua”.

No tiene menor relevancia el pasaje en el que la identificación Gibraltar/estatua del Nilo se ve permanentemente reforzada, no tanto por la acción de sus defensores, sino por la respuesta que éstos ofrecen a cada intento de expugnación realizado por el enemigo, de manera que cada ataque evidencia puntos débiles que los ingleses/caldeo-mamelucos se apresuran a reforzar. La conclusión es que, con la alianza de las divinidades que controlan los elementos naturales, la defensa del ansiado objetivo –tanto en la realidad como en la ficción– es cada vez más notoria, hasta convertirlo en inexpugnable.

Eso es algo en lo que coinciden ambos conversadores, y que parece constatado por la realidad en torno a los asedios del peñón de Gibraltar, y es que las borrascas siempre actúan aliadas a los ingleses:

“Acción es gloriosa para la Marina de España, mas es cosa fatal que siempre en esse paso acometen las tempestades, en la ocasion mas urgente, consiguiendo por ellas lo que no lograron los Ingleses a fuerzas iguales y assi parece las trahen consigo para soltarlas al tiempo oportuno (Aguas, 1780: 4 y 4v).”

El siguiente pasaje resulta profético en un texto como éste de 1780: “Neptuno les defendía levantando fuertes borrascas de qualesquiera invasión que intentasen los Egipcios por el Agua”. La referida complicidad de los temporales desatados en momentos inexplicablemente oportunos tendría ocasión de volver a mostrarse con toda su crudeza en el asedio que se desarrollaba en las fechas en que este extravagante proyecto fue redactado, pero su ejemplo más famoso no habría de darse hasta la noche del 10 de octubre de 1782, cuando se desencadenó un terrible temporal del sudoeste en el Estrecho. En aquel momento, y según las noticias recabadas por el duque de Crillon de los desertores de Gibraltar, los alimentos almacenados en la plaza sitiada presentaban un panorama desolador para las fuerzas británicas: centenares de hombres enfermos de escorbuto, privaciones de todo tipo y enorme escasez de comestibles, vino y aguardiente. Las raciones que recibía la tropa se reducían a tres libras de carne y cinco de pan a la semana, lo que alimentaba el riesgo de sedición entre los defensores. El férreo bloqueo de la poderosa escuadra bajo el mando de Luis de Córdova y el cerco terrestre tenía en vilo a la guarnición británica, que parecía pronta a derrumbarse.

La intensidad del viento y la mala mar obligaron a las embarcaciones españolas, hasta entonces sujetas sólo por un ancla en previsión de las señales que anunciaran la proximidad de una flota enemiga con destino al peñón, a amarrarse con firmeza. Aun así, algunas naves perdieron las amarras y fueron arrojadas contra la costa norte de la bahía de Algeciras, varando entre Punta Mala y el Fuerte de San Felipe los navíos Guerrero y San Rafael y la fragata Perpetua. El colmo de la desdicha afectó al San Miguel, que, tratando de abandonar aquel lugar tan peligroso, se vio arrastrado bajo los cañones de Gibraltar, ante cuyo fuego su capitán Juan Joaquín Moreno d’Houtlier hubo de rendir el navío. También se fueron a pique una pequeña batería

flotante de tres cañones y quince lanchas cañoneras de las dos divisiones existentes, una llamada de Barceló o de la Marina y otra, de Crillón o del Ejército, según quienes compusiesen sus tripulaciones. Más tarde, el navío francés Triumphante hubo de ser rescatado por las lanchas españolas al ser arrastrado hacia Gibraltar.

Entretanto, algunas fragatas inglesas de una nueva flota de aprovisionamiento iban entrando en Gibraltar. El temporal se alió definitivamente con los británicos al desbandar la cincuentena de barcos supervivientes en la flota hispano-francesa, que fueron empujados a aguas malagueñas. Se habían hecho a la mar en la mañana del 11 de octubre encabezados por el Santísima Trinidad, el navío de tres puentes de Córdoba, para tratar de cerrar el Estrecho. La oportunidad fue aprovechada por el almirante británico Howe, cuyos barcos pudieron alcanzar, no sin dificultad, su objetivo. El 15 de octubre de 1782 tenía lugar la tercera ruptura del bloqueo naval borbónico a Gibraltar durante el Gran Asedio. El almirante inglés, con 30 navíos y numerosos transportes, hizo llegar a la plaza provisiones, pertrechos y tropas que, de nuevo y de manera definitiva, arruinaban el esfuerzo desplegado en las operaciones de asedio de los últimos 18 meses, desde que Gibraltar recibiera la ayuda de Darby el 12 de abril de 1781. Eolo, Neptuno y Marte coaligados permitieron que Howe venciera a Córdoba sin disparar un cañonazo, echando por tierra la paciente tarea de asedio de Crillón y Barceló que había apretado al Peñón de manera constante durante dieciochos largos, tediosos y frustrantes meses.

En el Símbolo 2 aparece un nuevo personaje: Amor o Cupido, empuñando un rayo. Bajo el lema de “Todo lo venze el Amor”, tallado en un escudo de marfil y oro que llevaba en el brazo Alciviades. Este lema habría inspirado a los egipcios para componer una oración que debía ser la clave de su éxito. Dicho recurso lo argumenta el español ante el planteamiento anteriormente expuesto del irlandés, que dejaba a los caldeos y mamelucos victoriosos, personificación de Inglaterra en el Peñón.

Continúa así con la intervención de Cupido:

“[...] vio pues la union de dos mares, y Cupido adornado en traje de Jupiter tonante, fulmina un rayo y a su golpe haze producir una gran roca con la qual los divide (los dos mares) cerrando el paso: Neptuno a vista del grave perjuicio que resultava a su Imperio, deponiendo su tridente puesto de rodillas, adora con reverente obsequio su omnipotente Deidad (Aguas, 1780: 19).”

La posterior explicación de los egipcios consiste en dar forma al proyecto de Juan de Aguas de unir con un espigón que se fuese fundando en el fondeo de la bahía, Punta Europa con territorio español. El proyecto se plantea en los términos del símil de las deidades que se han expuesto. Así se concreta el plan, que propone que la estatua de la divinidad anteriormente fracasada por colocarse en lo alto de una roca, ahora ha de ubicarse discretamente en el fondo del mar:

“[...] al sumerjirla, se acerquen colocando primero los pies con gran cuidado a la misma punta de la roca que dominan los Mamelucos; y la cabeza llegara a la otra punta de la qual sois posehedores, ya sea poniendola recta o ya haciendo que el cuerpo forme linea curva, o como mejor os parezca.”

“Ireis construyendo sobre ella i en su honor una Pira y Mausoleo de piedra, tierra y fajinas, Barcas, cestones y estacas por el mismo orden, de suerte que ocupe todo el espacio de su entrada no dejando de tan anchurosa puerta mas que el postigo abierto que considereis preciso, y colocado en el lugar mas oportuno, para que podais vosotros usar del siempre que os acomode, e impedir la entrada y salida de vuestros enemigos los Mamelucos y demas que no sean del agrado. Esta entrada o postigo le hareis fortificar, levantando a sus costados como tambien a distancia conveniente diferentes Piramides, ya sea quadrados o pentagonos, cuio recinto hecho de valuartes o trincheras coronareis de ardientes rayos [...]. Cortado el paso por este medio queda vencido Neptuno, pues la nueba estatua quiebra y corta su furia,

conteniendo en sus margenes el agua. Los Mamelucos han de perecer de hambre, pues estando bien guardado el postigo, no les puede entrar socorro [...] (Aguas, 1780: 23 y 24).”

Enseguida entran en escena los sacerdotes, que preguntan al egipcio que emitía el anterior aserto: “¿Quién os ha sugerido esa especie o de donde lo ha veis tomado?”, a lo que responde: “El amor ha sido quien por una metáfora me la a hecho ver (...) este el que me ordena os lo propusiese llevado del afecto de vuestra gloria” (Aguas, 1780: 25).

Estos sacerdotes personifican en la dramatización de Juan de Aguas a quien desea como interlocutor, el Príncipe de Asturias. El tono polémico, de controversia mantenido hasta entonces frente al irlandés, se convierte en explicación detallada a las cuestiones que le plantean los sacerdotes. Éstas se formulan desde una posición de interés por el proyecto formulado en la alegoría, haciendo variar la posición del ciego, que pasa de ser polemista en el debate que mantenía con el extranjero a docente entregado a aclarar aspectos técnicos del proyecto, siempre dentro de la inverosímil hipótesis planteada de erigir una muralla a través de la bahía de Algeciras.

En la respuesta del egipcio a los sacerdotes se barajan cuestiones tácticas que actúan como conexión entre aquel plan tan irreal y elementos concretos de las defensas gibraltareñas. Tal es el caso de lo expresado en la frase siguiente:

“La pondreis sin embargo en disposicion que se vaia igualando la altura de suerte que esta no impida el paso: mas os ireis acercando y cargando sobre la parte de la punta de la roca de los Mamelucos, hasta que salgais fuera del tiro (Aguas, 1780: 25).”

Significa esto que, dado que la muralla había de discurrir desde el lado sur de la Punta de San García hasta punta Europa, en el extremo meridional del Peñón, los operarios que la construyesen quedarían fuera del alcance de los cañones ingleses en determinado momento. Esta entelequia, que no es otra cosa que el discurso dialogado de nuestro autor, no se detiene ante los presuntamente contrarios obstáculos naturales, geología y batimetría de la bahía, régimen de vientos y mareas, corrientes marinas, etc., sino que tampoco contempla la reacción de los defensores de Gibraltar. Porque solo así cabe descartar el quedar dentro del radio de tiro de sus cañones, simplemente porque el avance del espigón se acerque lo suficiente al Peñón para librarse de su acción. Se entiende a la artillería enemiga como una realidad estática, que forma parte de una estrategia defensiva tan rígida e inflexible que fuese incapaz de alterar sus posiciones al constatar que el atacante quedase fuera de tiro.

El discurso se extiende en disquisiciones sobre las distintas eventualidades que podrían ocurrir durante la construcción del “mausoleo”, como se llama a este dique: que llegase una flota a la que no se puede interceptar el paso, en cuyo caso no se la dejaría pasar, o bien que se alcanzase la paz con el enemigo durante su construcción, momento en que habría que seguir su erección.

A este respecto, Juan de Aguas pone en boca de los mamelucos o ingleses la expresión siguiente: “Si quereis seguir no obstante la paz podreis hacerlo pues obrais en vro. propio suelo...”, dato demostrativo de su escaso conocimiento acerca del resolutivo comportamiento que demostrara el gobernador del Peñón cuando se erigía la Línea de Contravalación, medio siglo atrás, bombardeando las posiciones españolas a pesar de estarse trabajando en suelo propio.

Mediado el documento existe un dato en el texto que provoca un desajuste notable en su cronología. Dice el autor: “Omito referir ni dilatar me mas en lo que sucedio hasta que se termino esta guerra, que fueron la total ruina de la Ciud en quatro años que duro el asedio y a los 742 de su fundación” (Aguas, 1780: 19). Fechado dicho documento en 1780, esta referencia sólo puede aludir al Gran Asedio de 1779-1783, dado que los anteriormente planteados por España a Gibraltar en 1704-1705 y

1727 tuvieron menor duración. La referencia relativa de 742 años transcurridos desde la fundación tampoco ofrece resultados concluyentes, ya que se aleja de la erección por los almohades de Madina al-Fath del año 1160 (Torremocha, 2009: 288, nota 446) y sólo se acerca –aun con tres décadas de diferencia– al 1067 en que se considera que Almotamid, señor del reino taifa de Sevilla, que incluía Algeciras y sus territorios, habría encargado al gobernador que tenía en la ciudad del río de la Miel que mejorase las defensas de Gibraltar ante la amenaza almorávide –extremo no confirmado a día de hoy– (Dozy, 1982: 111).

## El detalle del plan

El proyecto de Juan de Aguas es una atractiva mezcla de ingenuidad, desconocimiento del espacio geográfico al que lo destina y auténtica ocurrencia quimérica que llama nuestra atención, entre otros detalles, por la razón por la que pudo albergar esperanzas de que fuera atendido ni, mucho menos, intentado ser llevado a la práctica. “Esto es lo que [se] me ha ocurrido y hago presente a vuestros superiores talentos”, escribe el autor (Aguas, 1780: 11). El reconocimiento de la falta de datos objetivos en los que fundamentar su idea queda expresada en su afirmación de que “Quanto a la profundidad no puedo saver qual es, esto lo sabran los inteligentes”, en referencia a las personas versadas en las ciencias que serían de aplicación para conocer el resultado del sondeo de la bahía de Algeciras (Aguas, 1780: 14).

Nada tan explícito como su propio texto para desentrañar la esencia del plan:

“Lo que os importa para la empresa y deveis hacer es: fabricar otra estatua no como la primera de barro y que por estar hueca la llenasteis de agua, ocultando con la cera la ingeniosa celada por cuió medio conseguistie el triunfo; si de cuerpo solido y robusto, no la colocareis en la elevacion de alguna roca como a la otra, si la dareis sepulcro humillandola en lo profundo de esse mar a la misma puerta o entrada de esa Bahia que forma porque si aquella triunfo por lo elevada esta a de triunfar de humilde. Los sacerdotes operarios que la sepulten han de ser diestros, arrestados y secretos y lo han de hacer de suerte que al sumerjirla se acerquen colocando primero los pies con gran cuidado a la misma punta de la roca que dominan los Mamelucos y la cabeza llegara a la otra punta de la qual sois posehedores, ya sea poniendola recta o ya haciendo que el cuerpo forme linea curba, o como mejor os parezca.

Yreis construyendo sobre ella i en su honor una Pira y Mausoleo de piedra, tierra y faginas, barcas, cestones y estacas por el mismo orden, de suerte que ocupe todo el espacio de su entrada no dejando de tan anchurosa puerta mas que el postigo abierto que considereis preciso y colocado en el lugar mas oportuno para que podais vosotros usar del siempre que os acomode e impedir la entrada y salida de vuestros enemigos los Mamelucos y demas que no sean del agrado. Esta entrada o postigo le hareis fortificar, levantando a sus costados, como tambien a distancia conveniente, diferentes Piramides, ya sea quadrados o pentagonos, cuió recinto hecho de valuartes o trincheras coronareis de ardientes rayos no descuidando de su guardia y asistencia, si vigilando siempre pues requiere gran cuidado. Cortado el paso por este medio queda vencido Neptuno, pues la nueva Estatua quiebra y corta su furia conteniendo en sus margenes el agua. Los Mamelucos han de perecer de hambre pues estando bien guardado el postigo no les puede entrar socorro ni de los suios ni de sus apasionados con que es forzoso que entreguen la Estatua y pierdan el Dominio de el mar con las otras ventajas que lograreis con la consecucion de la antigua estatua por medio de la nueba (Aguas, 1780: 11v y 12).”

El texto dice, ni más ni menos, que ha de cambiarse la estrategia seguida hasta el momento para procurar la conquista de la fortaleza de Gibraltar (la “estatua hueca”), consistente en erigir otra sobre una nueva montaña (“de cuerpo solido y robusto” basada “en lo profundo de esse mar a la misma puerta o entrada de esa Bahia”, y que habrá de contactar con la orilla española de dicha bahía, “y la cabeza llegara a la otra punta de la qual sois posehedores”). Los ingenieros responsables de la obra son los “sacerdotes operarios” que, para construir la nueva “estatua”, habrían de emplear los elementos con que se construyen trincheras y paralelas (“piedra, tierra y faginas, barcas, cestones y estacas”), con el imprescindible añadido de embarcaciones

para laborar en un medio acuático. Las “Pirámides (que) coronareis de ardientes rayos” son fuertes con cañones y, Neptuno, la Royal Navy. La consecuencia evidente es que “los Mamelucos han de perecer de hambre”, teniendo que rendir los ingleses el Peñón por falta de suministros.

Las imágenes que acompañan el proyecto resultan tan explícitas como estos fragmentos seleccionados del extenso exordio.

La técnica edificatoria a emplear en la construcción de la nueva “estatua” tampoco queda definida, según sus propias palabras, porque “no he querido pararme en exponer otra clase de obra de la que con mas solidez se pudieran hazer” (Aguas, 1780: 5). Tal indefinición no se compadece con su certeza acerca de lo fundamental de tal información, tanto a efectos técnicos, como económicos y militares: “Atendiendo a ese punto, que es el esencial; qual fuera si se construiese de argamasa y piedras haciendo estacadas o cajas que sirviesen de molde para ir haciendo a trozos la muralla o hacer esta sobre varcos” (Aguas, 1780: 15). Las posibilidades barajadas son tantas como las técnicas edificatorias al uso en la época, con la salvedad de la costosa cantería. No obstante, su flexibilidad resulta estrafalaria al plantear opciones como la técnica del tapial (“cajas que sirviesen de molde”) junto a la posibilidad de erigir la muralla “sobre barcos”, que se entiende estarían flotando sobre las aguas de la bahía.

El acopio de materiales para tan magnífica construcción es igualmente abordada. Se plantea una compleja intendencia para aportar tales materiales, que puede verse de manera sintética en el siguiente fragmento, en el que no se exponen más que las líneas maestras del plan, sin entrar en detalles:

“[...] os podeis aprovechar de todas las carreterías y carruages que transportan otros generos y llegan a las Provincias distantes a descargar de las que por lo regular suelen volver de vacío. Estos pueden conducir mucha fajina hasta los sitios que buenamente puedan para no perjudicarlos y desde alli por el mismo orden cargaran otros que mas se aproximen hasta que de unos en otras se ponga en el lugar que se tenga por conveniente abonando a unos i otros alguna gratificacion por su respectivo trabajo. Tendran el cargo las Justicias de los Pueblos de thener recojidas las fajinas, esto es, los sarmientos que se les pidan, haciendo caja en uno de los Pueblos que fuese mas proporcionado al transito de los carruages. Los que han de contribuir con dhos sarmientos son aquellos sugetos que tienen Abundancia de estos escombros, no los Pobres que los necesitan (Aguas, 1780: 15v y 16).”

### Aspectos ortográficos y gramaticales del manuscrito

En la transcripción del documento se ha optado por el respeto riguroso de la grafía original, sin actualizar ni siquiera las tildes. El texto mantiene la organización original y se indica la numeración de los folios del manuscrito del Museo Naval.

Ortográficamente, el texto está plagado de incorrecciones. Datado en 1780, no existe justificación cronológica para ello, dado que en el siglo XVIII se habían fijado ampliamente unas normas que, establecidas en lo esencial en el Siglo de Oro, estaban recogidas en la *Orthographia* de la lengua castellana editada por la Real Academia Española en 1741 y 1765.

A lo largo de toda la obra se produce una fluctuación arbitraria de la conjunción copulativa “y/i”, así como de la “i” en diptongos del tipo “estoi”, sin atenerse a la norma entonces en vigor. Esta decía:

“En los antiguos se halla comunmente escrita la conjuncion con la I Latina, y esto es muy conforme a nuestra regla: porque en este caso la i es vocal, y forma sylaba, y assi parece que se debia escribir I; pero esto no obstante, el moderno uso comunmente recibido, escribe siempre la conjuncion con la Y Griega [...] que si algun delicado Critico quiere, armado de su razon, y de antigua autoridad, usar en este caso de la i Latina, se le mira como extravagante”. (*Orthographia*, 1741: 171-172)



No deja de ser llamativa la argumentación que los académicos de la época daban para que se abandonase el uso tradicional a favor del moderno. Argumentaban que “Si se procura buscar razón de la mudanza, solo se podrá discurrir la debilísima de ser la y Griega mas garbosa que la i Latina”. (Orthographia, 1741: 172)

En el texto transcrito tampoco se acoge a norma alguna la escritura del sonido z, como “tranze” por “trance” o “lanze” en vez de “lance”.

Aunque también estaban establecidas las circunstancias que requerían el uso de las mayúsculas, Juan de Aguas hace una interpretación extremadamente laxa de las mismas. Decía la norma:

“Se han de escribir con letra mayuscula los nombres propios, assi de personas como de animales en todas sus especies: de árboles, plantas, y metales, ó minerales: de ciencias, y artes: de Reynos, Provincias, Ciudades, Villas, y Lugares: de montes, mares, rios, fuentes, etc. [...] Tambien se han de escribir con letra mayúscula aquellos nombres apelativos, que llaman colectivos, porque significan muchas personas, ó cosas juntas, y unidas de algun modo”. (Orthographia, 1741: 235-236)

No obstante, el empleo de las mayúsculas se amplía a todos los gentilicios (“Yrlandeses”) y a los términos de importancia notable en el contexto del documento, especialmente los relativos a realidades castrales o aspectos poliorcéticos: “Fortaleza”, “Plaza”, “Presidio”, “Puerto”, “Armada”... Asimismo se emplea sistemáticamente para resaltar categorías humanas o sobrenaturales: “Dioses”, “Rey”...

Son frecuentes las abreviaturas no sujetas a norma, como ejemplo relicto de un uso anteriormente muy frecuente. Así en “fortifion” por fortificación, “finalmte” por finalmente o “ciudes” por ciudades.

Se constata la falta de fijación normativa del uso de la “v/b” en frecuentes ejemplos, como “favorable”, “haviles”, “bolo” por voló, “haver”, “adoravan”, “devajo” y el omnipresente “Givraltar”. Es sintomático que en el fol. 19v. el autor escribe “barcas” y, una línea después, “varcas”.

La “h” sufre similar irregularidad en su empleo, faltando en “ydraulico”, además de la permuta de “i” por “y”; también se usa en “Catholicismo”, “christal”...

Según estaba normalizado, se emplea la “q” por “c” con sonido “k” en “enquentra”, “qualesquier”, “qual”, lo que con posterioridad acabó siendo considerado uso arcaico de la lengua hasta su práctica desaparición de su uso relicto en algunas zonas del país al finalizar el siglo XX. En el terreno de los arcaísmos, el texto presenta la voz “almagacenes” por “almacenes”.

También se observa el empleo arcaico de términos como “asumpto” u “obstentando”, de términos inexistentes, como “infructifera”.

No se había establecido un criterio uniformador respecto a las voces con pronunciación “de la G con la J, y la X fuerte, porque la lengua las confunde” (Orthographia, 1741: 99), de ahí que “exercita” o “agugeros” eran las únicas formas admitidas de estas palabras.

El autor incurre en algún fenómeno de laísmo, como se advierte en esta oración del fol. 16v.:

“Haviendo oido con grande serenidad de animo el Egipcio el modo con que le insultaron y reprovavan la idea, trato de darla mas fuerza y con el maior respeto despues que se sereno el ruido sigio diciendo (Aguas, 1780: 16v).”

Por otra parte, en el 20v. el caso es el inverso, de leísmo, en “[...]ensancharon tambien el nuebo puerto haciendole capaz de [...]”.

De la perplejidad de los propios académicos dieciochescos de los cambios que venía sufriendo la lengua española, da cuenta este fragmento de su *Orthographia*: “Algunos han inventado de un tiempo a esta parte poner ttantto y tontto con quatro tt, y con dos autto, auttos, solo por parecerles [que] causa hermosura un lunar”. (*Orthographia*, 1741: 106)

## **LAS IMÁGENES DEL PLAN PARA LA CONQUISTA DE GIBRALTAR DE JUAN DE AGUAS**

El proyecto viene acompañado de tres hojas ilustradas, a saber:

### **PLAN 1º. PERSPECTIVAS DE GIBRALTAR, IMAGEN LN2Q2799**

Se trata de un grabado en blanco y negro de la bahía de Algeciras, sin firma, con perspectiva aérea desde el noroeste y ampliamente difundido a partir de mediados del siglo XVIII. También representa de manera marginal la costa de Ceuta. El tratamiento de los elementos geográficos no es convencional, dado que altera sustancialmente las elevaciones para destacar la relevancia estratégica de algunos puntos singulares. Está basado en otro titulado “Perspectiva y plaza de Gibraltar vista por el occidente” (Fernández de Ruiloba, 1770, citado en Sáez, 2007a), en el que el cadete del Regimiento Fijo de Ceuta Vicente Fernández de Ruiloba realiza una detallada descripción de la bahía y sus costas, con preponderancia de las embarcaciones que la surcan, del campamento de asedio y del Peñón. El grabado “Perspectivas de Gibraltar” incorpora detalles navales propios de un buen conocedor de los hechos del Gran Asedio, con nombres de navíos y fragatas y explicación de las fuerzas sutiles de Barceló.

### **PLAN 2º. FIGURAS 1 A 5, IMAGEN LN2Q2799**

Se trata de un formato folio dividido en cinco espacios de diferentes proporciones, con dibujos a tinta negra e imperfectos rellenos de pinceladas de tinta verde en las zonas de agua.

#### **Figura 1**

Hipotética sección vertical de la bahía de Algeciras, entre Punta Europa y Punta Carnero.

#### **Figura 2**

Proceso de colmatación de dichas profundidades, comenzando por el lado del Peñón.

#### **Figura 3**

Culminación del proceso de colmatación con sillares subacuáticos bien escuadrados y rematado con una línea fortificada de baluartes poligonales, ya en superficie, cerca de la costa española.



Ilustración nº 2. Proyecto para cerrar la bahía 01. Museo Naval (Madrid).

#### Figura 4

Imagen principal del conjunto, que ocupa más de la mitad del espacio. Se trata de una perspectiva que reproduce la citada en el “Plan 1º”. La ilustración simplifica hasta eliminar todos los elementos salvo el Peñón, Isla Verde, puntas de San García y Carnero y montes Hacho y Atlas, así como la Línea de Contravalación y el Fuerte de Punta Mala. El elemento más singular es la visión con cierto detalle del espigón fortificado mencionado en la “Figura 3”. Arranca de los acantilados de Punta Europa y atraviesa la bahía hasta las inmediaciones de la Punta de San García, dejando un canal navegable intermedio en este extremo. Consta de un espigón longitudinal con tres fuertes o baluartes, pentagonal el oriental, romboidal el central y hexagonal el más cercano a la costa española. De su escaso detalle sólo cabe destacar el diseño en talud de sus muros y la existencia de caballeros centrales en todos ellos. El primero dispone, además, de un cerramiento fortificado en punta de flecha orientado hacia el Peñón.

#### Figura 5

Propone una alternativa al diseño de cierre de la bahía. Se trata de dos espigones, con el canal de paso intermedio en el centro y con orientación de ambos ligeramente hacia el norte, frente a la perpendicularidad del anterior entre las costas española y gibraltareña. En el espigón que arranca de Punta Carnero figuran dos baluartes hexagonales irregulares, mientras que en el extremo del que nace en Punta Carnero es pentagonal irregular. En el canal intermedio se aprecia con dificultad el esbozo de una embarcación no terminada, que marcaría la zona navegable.

PLAN 3º. FIGURAS 6 A 9, IMAGEN LN2Q2799

Figura 6

En este proyecto, alternativo al anterior, el control de la bahía habría de confiarse a dos fuertes tipo isla situados en el centro de la misma, equidistantes entre sí y de las puntas del Carnero y de Europa. Disponen de planta estrellada de cinco puntas, componiendo sendos sistemas abaluartados con defensas concéntricas hasta la zona habitable central. No presentan embarcaderos ni muelles apreciables.

Figura 7

Consiste en una variante del de la “Figura 6”, donde el fuerte occidental se encuentra unido a la costa entre las puntas de San García y Carnero por un espigón de obra con una plataforma artillera en el centro de su trazado, con planta cuadrangular hacia el norte y apuntada hacia el sur.

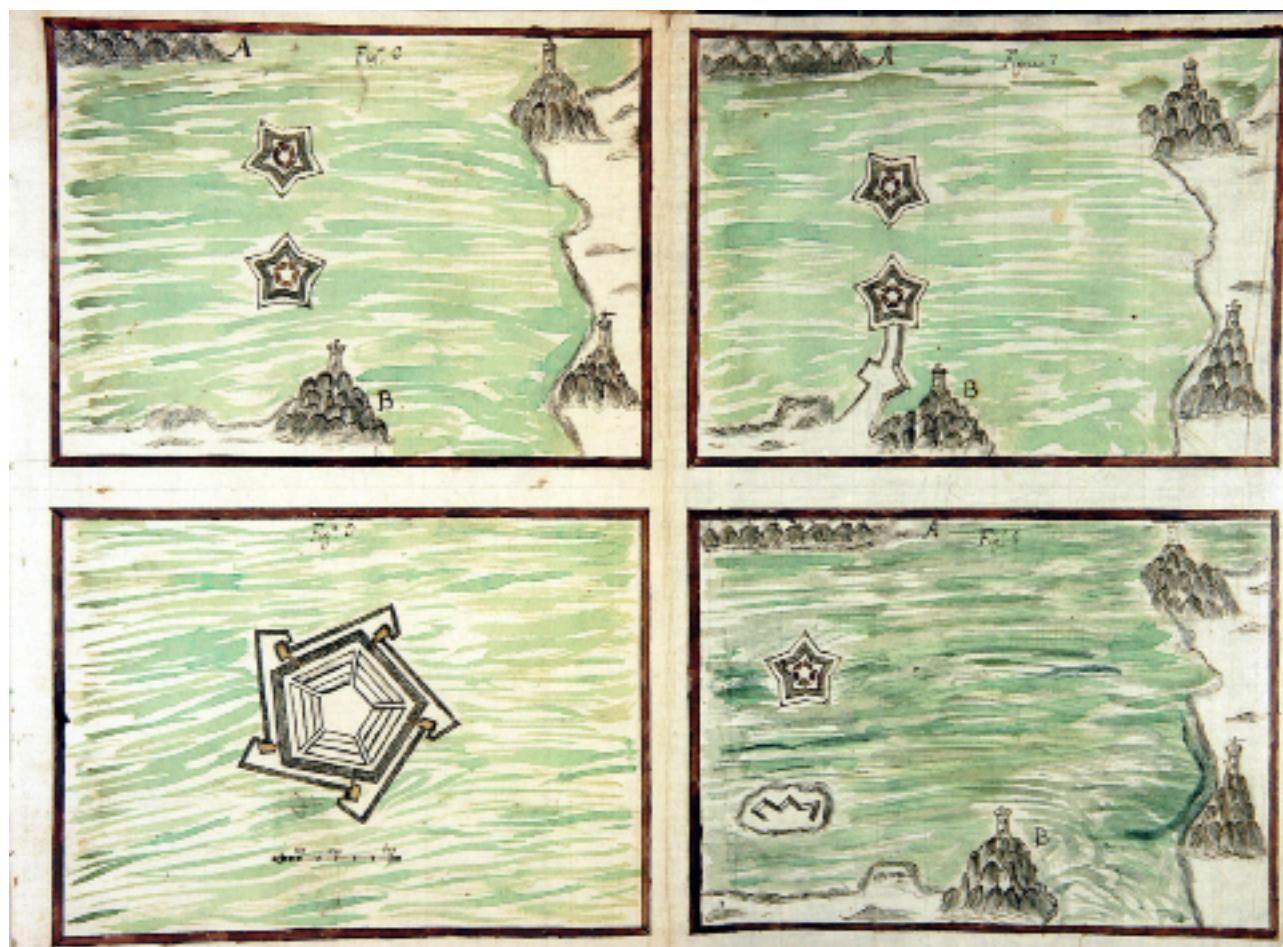


Ilustración nº 3. Proyecto para cerrar la bahía 02. Museo Naval (Madrid).

### Figura 8

Una nueva variante en la que sólo existe uno de esos fuertes estrellados, si bien emplazado más al norte, en posición equidistante entre la Isla Verde y la costa gibraltareña.

### Figura 9

Esta última variante propone otro diseño para los fuertes, basados en un esquema pentagonal que genera una estrella también de cinco puntas, cada una de las cuales es un pequeño baluarte de cuatro caras, de las que una cuales alberga una casamata cuyas troneras enfilan la cortina que se extiende desde ella misma hasta el vértice exterior del baluarte, que le sigue en el sentido de las agujas del reloj.

En el transcurso del metafórico discurso que acompaña al proyecto quimérico de Juan de Aguas se nos presenta un debate entre un egipcio –que personifica al ingenuo proponente de la idea– y una congregación de sacerdotes del Dios Nilo –representación, como se dijo antes, del Príncipe de Asturias–, que atienden a sus explicaciones. En su desarrollo, toma la palabra uno de los sacerdotes, que plantea la siguiente objeción de entre todas las posibles ante un proyecto tan inconsistente como éste:

“Siendo como es el parage en donde se ha de hacer esa obra por una parte profundo, por otra de una longitud dilatada y por otra tan expuesta por la intrepidez con que allí se juntan los dos mares, que cuasi siempre estan en continuada lucha sera obra inutil, pues la destruiara el mismo vatidero de las olas” (Aguas, 1780: 14).

El proyectista responde de forma vaga, reconociendo su ignorancia respecto a la profundidad de la bahía, al tiempo que resta importancia a cuál fuera ésta, dada “la abundancia de piedras y faginas” en el país –Egipto, es decir, España– y, además, porque “si se juntan los sarmientos que de las cepas se cortan en todo el País, son suficientes para hacer con ellos un plano que ocupe no solo el espacio que se necesita; si tambien para llenar toda la Bahía si fuera del caso”.

Ya se ha mencionado en el capítulo “El detalle del plan” la indefinición del presupuesto de la obra, aspecto este otro criticado por los sacerdotes indicando que “sera un gasto inmenso el que ocasiona essa grande obra y haviendo de atender a tantas cosas, por lo costoso podra ser se omita”.

Algunas de sus ocurrencias para posibilitar la realización de esta fantasía se refieren a que se acampen tropas en la zona en vez de en otros lugares del reino y que empleen su tiempo en ir rellenando la bahía con los materiales propuestos, dado que de todas formas se les ha de abonar su paga aunque se mantengan inactivos en sus guarniciones. Junto a esta propuesta keynesiana adelantada al siglo XVIII, sugiere que se traigan sarmientos de diferentes lugares aprovechando el viaje de vuelta de carros de comercio, para que no regresen vacíos, entre otros dislates. Ante las críticas recibidas de los sacerdotes, de entre los cuales los que “parecia ser inteligentes espresaron ser locura la proposicion de tal obra quanto mas la execucion”, el egipcio se limita a exponer las virtudes demostradas en el terreno de la poliorcética Alejandro Magno en la expugnación de Megara, entre otros logros. En el relato, estas explicaciones habrían de resultar tan convincentes que concluyen con este verso.

Determinan y hacen los Egipcios

el gran Mausoleo y se apoderan

por su medio de la Estatua (Aguas, 1780: 19v).

LA MÁS FANTÁSTICA QUIMERA QUE LOS TIEMPOS HAN VISTO PARA RECUPERAR GIBRALTAR.  
UNA IDEA DE 1780 PARA CERRAR LA BAHÍA DE ALGECIRAS  
Ángel J. Sáez Rodríguez

## BIBLIOGRAFÍA

- ABARCA, Silvestre (1782), Diario del teniente general don ... desde la salida de Madrid al Campo de San Roque 1780-1782, (extracto), Biblioteca de Ingenieros, 3-5-4-1, Madrid.
- AGUAS, Juan de (1780) Plan para la conquista de Gibraltar con tres planos, Museo Naval, Ms. 549, Doctº 1º.
- APARICI GARCÍA, J. (1560): Colección de Documentos Copiados en el Archivo de Simancas como datos para escribir la historia del Cuerpo de Ingenieros, por el Coronel Don ..., IHYCM, Sección Primera, Vol. 1, Fortificaciones en general, AGS, Estado, Leg. 124. Gibraltar.
- APARICI GARCÍA, J. (1587): Colección de Documentos Copiados en el Archivo de Simancas como datos para escribir la historia del Cuerpo de Ingenieros, por el Coronel Don ..., IHYCM, Sección Primera, Vol. 1, Fortificaciones en general, AGS, Estado, Leg. 271. Gibraltar.
- BARRANTES MALDONADO, P. (1889): “Diálogo entre Pedro Barrantes Maldonado y un caballero extranjero en que cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar y el vencimiento y destrucción que la armada de España hizo en la de los turcos. Año 1540, 1566”, en Tres relaciones históricas. Gibraltar, los Xerves, Alcazarquivir, 1540, 1560, 1578, Madrid.
- BRAVO JIMÉNEZ, Salvador; Dinámicas de control ideológico y territorial en el estrecho de Gibraltar en épocas fenicia, púnica y romana, UNED, 2010. Disponible desde Internet en:  
<<http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=tesisuned:GeoHis-Sbravo&dsID=Documento.pdf>> [con acceso el 01-04-2011].
- BUSTOS RODRIGUEZ, M.; Un comerciante saboyano en el Cádiz de Carlos II (Las memorias de Raimundo de Lantery. 1673-1700), Caja de Ahorros de Cádiz, Cádiz, 1983.
- CALDERÓN QUIJANO, J. A. (1968): Las fortificaciones de Gibraltar en 1627. Universidad de Sevilla.
- CARTER, F. (1981): Viaje de Gibraltar a Málaga (1771), Edic. facsimil de la Diputación de Málaga, Málaga.
- CLAYTON (1727), “Carta de 10 de marzo de 1727 del brigadier Clayton al duque de Newcastle”, The British Library, Manuscripts, ADD 23.643, Copies of letters and papers relating to Gibraltar. 1727 1731.
- DOZY, R (1982): Historia de los musulmanes de España, Vol. 4, Ed. Turner, Madrid.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA SABIO, Carlos: “Nueva documentación sobre un episodio injustamente olvidado: el ataque francés a Gibraltar en 1693”, Actas I Congreso Internacional ‘La pérdida de Gibraltar y el nacimiento de las nuevas poblaciones’, San Roque - 2004, IECG, Algeciras, 2007.
- HERNÁNDEZ DEL PORTILLO, A. (1994): Historia de Gibraltar, A. Torremocha Silva (introducción y notas), UNED, Algeciras.
- HERNÁNDEZ DEL PORTILLO, A. (2007): Historia de Gibraltar, A. Torremocha Silva (estudio, transcripción y notas), en colección Fuentes para el estudio del Campo de Gibraltar, 2ª edición, Algeciras.
- JAMES, T. (1771): The History of the Herculean Straits now called the Straits of Gibraltar: including those ports of Spain and Barbary that lie contiguous thereto, Vol. 1, Londres.
- LÓPEZ DE AYALA, I. (1782): Historia de Gibraltar, Madrid.
- LUNA, J. C. de (1944): Historia de Gibraltar, Madrid.
- MARTÍNEZ MARIN, Juan (1992): “La evolución de la ortografía española: de la ortografía «de las letras» a la ortografía «de los signos de la escritura”, Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, Vol. II, Madrid, pp. 753-761.
- MONTI, Ángel María (1781): Perfil del monte de Gibraltar cortado desde la población a la queba, esto es con el fin de manifestar la mina que saldrá a la parte de poniente próximo a la casa del general de la plaza, A.G.S., M.P. y D. XVI-55 y XV-24.
- MONTERO, F. M. (1860): Historia de Gibraltar y de su campo, Imprenta de la Revista Médica. Cádiz.
- Orthographia de la lengua castellana (1741): Real Academia Española.
- PALAO, George (1979): Gibraltar: our heritage, Gibraltar.
- PALAO, George (1981): Gibraltar: tales of our past, Gibraltar.
- PARDO GONZÁLEZ, J. C. (2001): “Máquinas infernales para la conquista de Gibraltar”, VI Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar (Gibraltar-2000), Almoraima, Vol. 25, Algeciras.
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. (2000): “Gibraltar en el reinado de Carlos I de España”, IX Jornadas Nacionales de Historia Militar (Sevilla, 1999), El Emperador Carlos y su tiempo, Cátedra General Castaños, Madrid.
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. (2001): “Sistemas defensivos de la ‘llave de España’. Gibraltar en el Setecientos”, X Jornadas Nacionales de Historia Militar (Sevilla-2000), Tercer centenario de la Guerra de Sucesión Española, Cátedra General Castaños, Madrid.
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. (2003a): “El genio ilustrado al servicio de Palas. Los asedios a Gibraltar en el siglo XVIII”, Actas de las XI Jornadas Nacionales de Historia Militar (Sevilla-2002), Milicia y Sociedad Ilustrada en España y América (1750-1800), Cátedra General Castaños, Región Militar Sur, Madrid.
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. (2003b): “El informe de Luis Bravo de Acuña para Tarifa en 1627”, Aljaranda, Vol. 50, Tarifa.
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. (2007a): La montaña inexpugnable, Seis siglos de fortificaciones en Gibraltar (XII-XVIII), IECG, Algeciras.
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. (2007b): Las defensas de Gibraltar (siglos XII-XVIII), Editorial Sarriá, Málaga.
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. (2014): “Gibraltar en 1704”, Cuadernos de Gibraltar/Gibraltar Reports, Vol. 1, Cádiz.
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. y TORREMOCHA SILVA, A., (2001): “Gibraltar almohade y meriní (siglos XII-XIV)”, Actas de las VI Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar (Gibraltar-2000), Almoraima, Vol. 25, Algeciras.
- SANTA MARÍA Y PIZARRO, Joaquín (1887): Historia del último sitio de Gibraltar, manuscrito de la Real Academia de la Historia.
- SAYER, (1862): History of Gibraltar and of its political relation to events in Europe, Londres.
- TORREMOCHA SILVA, A. (2009): Fuentes para la Historia Medieval del Campo de Gibraltar (siglos VIII-XV), Ed. Los Pinos DyC, Algeciras.
- TORREMOCHA SILVA, A. y SÁEZ RODRÍGUEZ, A. J. (1998): “Fortificaciones islámicas en la orilla norte del Estrecho”, Actas I Congreso Internacional ‘Fortificaciones en al-Andalus’, (Algeciras-1996), Ayuntamiento de Algeciras, UNED, Universidad Complutense, Algeciras, pp. 169-265.
- VARIOS (1779-1783): Papeles referentes al tercer y cuarto sitio de Gibraltar, durante la guerra de España contra Inglaterra en tiempo de Carlos III, Real Academia de la Historia, Refª 7934.